

las tinieblas para solucionar los problemas.

Cuesta trabajo reconocer al filósofo (sí, también lo es) Wenders en las aristas de un discurso indisimuladamente activista, que no sólo político. Hablamos con un hombre que no ha dudado en reconocer en Yasujiro Ozu a su maestro incuestionable. «De él aprendí el hilo que une al cine con la misma vida», dice. Hablamos con un cineasta que reconoce haber aprendido de Mann, Fuller o Ray todo lo que sabe de estructura, ritmo, intensidad o urgencia. Se detiene. «Sí, pero de Ozu aprendí que el cine puede trascender la cotidianidad y alcanzar la esencia de las cosas y de la gente, su alma. Por lo demás, así como el cine americano me enseñó a

Inmersión?

– El problema es que no hemos aprendido nada. La primera reacción tras el 11-S fue vengarnos. Y se decidió que el enemigo era Irak a pesar de que allí no había armas de destrucción masiva. A pesar de ello, se invirtieron billones de dólares en aniquilar el país. Eso fue lo que provocó la plaga terrorista que sufrimos en la actualidad. Fue un error terrible. Y nada. Trump muestra el mismo comportamiento primario e ignorante amenazando en lugar de dialogar.

Llegados a este punto, hablar del 3-D, por ejemplo, se antoja una impertinencia. Pues venga. «Quise hacer *Inmersión* en tres dimensiones, pero no me dejaron. El 3-D es una herramienta

cinematográfica comparable al sonido, al color o al Cinemascope. Lo terrible es que un invento tan increíble haya sido descuartizado por la industria».

Wenders, en definitiva, insiste en ir más allá. Una y otra vez, siempre un poco más lejos de sí mismo, del propio Wenders. «Siempre me ha llamado la atención nuestro deseo de ir a la Luna. Y a Marte. Y a otros planetas. Somos muy ambiciosos respecto al espacio exterior, pero no sabemos qué hay en los océanos. Hasta los años 70 pensábamos que en lo más profundo de la Tierra no había vida. Ahora sabemos que toda la vida de hecho viene de allí».

Pausa. «Es una metáfora del alma humana. Nos negamos a mirar la oscuridad en nuestro interior y buscamos siempre soluciones en el exterior. Nos sentimos tan felices al ver la tierra desde la Luna... Nos gusta creer que el planeta es así de hermoso. Por eso no queremos ir adentro. A nuestras propias fauces». Wenders adentro. Diferente. Raro quizá.



James McAvoy y Alicia Vikander.

aprehender la superficie de las cosas a través del estilo, el lenguaje o la edición, Antonioni, igual que de Bergman o Tarkowski, me enseñaron a explorar debajo de la superficie. Ellos nos demostraron que el cine hace visible lo invisible. Y eso también es política».

– ¿Cómo hacer coincidir esta reflexión con su denuncia de la venganza en

‘Los perros duros no bailan’. Su nueva novela traslada sus temas clásicos a una trama protagonizada por un mastín en el submundo de las peleas de perros

ARTURO PÉREZ-REVERTE: “NO HAY LIBERTAD SIN LUCHA”

POR LUIS ALEMANY MADRID

«Los perros no tenemos que ser políticamente correctos». Algo así se lee a mitad de *Los perros duros no bailan* (Alfaguara), la nueva novela de Arturo-Pérez Reverte. Y, acto seguido, Negro, el protagonista y narrador del libro, «cruce de mastín español y fila brasileño», se acopla a Susa, mestiza y «putilla» perruna, y se da un descanso antes de lanzarse a su pesquisa negro-criminal.

Pérez-Reverte cuenta que esta vez quería hacer una novela amable, una historia criminal que fuese un poco un juego, otro poco un homenaje a *Jerry en la isla*, de Jack London... Y una novela denuncia. Dan igual las intenciones. Al final, al autor de *Falcó* le han salido unos personajes *revertianos* en una trama *revertiana* que trata los temas *revertianos* de siempre: la libertad, la lealtad, la pelea... aunque sean perros.

«Ya no puedo escribir sobre otros personajes. Soy rehén de las cosas que he vivido y he visto», dijo ayer Pérez-Reverte en la presentación en Madrid de *Los perros duros no bailan*.

Empecemos con los personajes. Negro, el héroe, es un campeón retirado de las peleas de perros. Anda un poco sonado y un poco atormentado por la barbarie de sus años salvajes. Sueña con los semejantes a los que mató en el *ring* y no siempre piensa con claridad. Su vida es más o menos sencilla, hasta que las

mafias que organizan las peleas secuestran a Teo, que era su mejor amigo pero ya no lo es porque que Dido, la guapa del barrio, los separó. No importa: Negro es un tío de una pieza y no dudará en entregarse a los malos para salvar a su amigo.

Toda esa trama se podría haber contado con hombres en vez de con perros, ¿verdad? «Siempre hago personajes que tienen historias detrás. Personajes que tienen la mirada enturbiada por lo que han vivido», explica el autor. Puestos a prueba, esos personajes un poco sórdidos optarán por ser buenos. «A estas alturas de mi vida, hay pocas palabras que siguen llevando mayúsculas. Lealtad, dignidad, valor, coraje... Y todas esas ideas las veo en los perros», explica Pérez-Reverte. Y por si quedaba alguna duda: «Los gatos son demasiado humanos; los caballos son nobles pero estúpidos. Me quedo con los perros».

Hablar de la lealtad canina sería un tópico. Mejor detenerse en el instinto de libertad de los animales de Pérez-Reverte.

En algún momento de la trama, sus protagonistas tienen noticia de que existe una película llamada *Espartaco* y se sienten inspirados por ella. «Es fácil apropiarse de los mitos, cualquier imbécil puede decir que es Espartaco. La diferencia es que Espartaco se ganó la libertad luchando, no poniendo tuits».

“ESCRIBIR SOBRE PERROS HA SIDO UNA MANERA DE DARMÉ BULA Y LIBERTAD. SE HA VUELTO MUY DIFÍCIL ESCRIBIR”

Parece un desplante también clásicamente *revertiano*, pero, en realidad, la frase explica el tema de *Los perros duros no bailan* y de casi toda la obra de su autor: «No hay libertad sin lucha. A las generaciones jóvenes las hemos criado de tal manera que están convencidas de que tienen derecho a todo.

Y no es verdad. El ser humano está sometido a una reválida permanente, a un proceso constante en el que se comprueba si tenemos derecho a la libertad. La libertad de la que disfrutamos... todo eso puede desaparecer, yo lo he visto desaparecer de un día para otro en Yugoslavia. Debemos vivir en paz pero estar preparados para luchar por nuestra libertad».

Por eso, el libro hace la broma de la incorrección política perruna. «Los perros son machistas, no les preocupa lo que diga Twitter. Escribir sobre perros ha sido una manera de darme bula para contar cosas que, si las hicieran personajes humanos, se me hubieran echado encima. Se ha vuelto muy difícil escribir».

¿Algo más? Sí: el tema del maltrato animal. «En España sale gratis maltratar a los animales», denuncia el escritor. Y la culpa no es de los policías ni del Seprona ni de los jueces. La culpa es del Congreso, que no cambia «una ley de defensa de los animales que es una de las más infames de Europa».

